

# **SANTIFICADOS SEAN LOS PRÓCERES: HISTORIA Y RELIGIOSIDAD EN LOS CENTENARIOS PAYANESES, 1910-1916\***

*A Darío Ramírez Delgado  
Esposo, padre y amigo  
1942-2015*

*Iván Alexander De La Ossa Ceballos\*\**

---

\* Artículo Tipo 2: de reflexión, según clasificación de Colciencias. Este artículo rescata ideas ya expuestas en los capítulos II y III de mi trabajo de grado *Fiesta y Nación en Popayán*.

\*\* Historiador egresado de la Universidad del Cauca. E-mail: ivandelaossa@yahoo.com

## Resumen

Este trabajo explora el contenido religioso de las conmemoraciones centenarias en Popayán, entre 1910 y 1916, y las interpreta desde el punto de vista de la puesta en escena. En primer lugar, este artículo analiza la fiesta del Primer Centenario de la Independencia de Colombia como el primer gran homenaje a los próceres locales, especialmente Francisco José de Caldas. En segundo lugar, se describen los centenarios de las batallas libradas en las cercanías de la ciudad, así como de las muertes de los mártires locales en la Independencia, con el propósito de entender la importancia de estas celebraciones en la representación del pasado de Popayán como una página gloriosa de la historia del país. Además, también pretendieron inculcar la idea de pertenencia y fidelidad a la nación.

**Palabras clave:** Centenarios, héroes, memoria histórica, catolicismo.

## Abstract

This essay explores the religious contents in the centenary commemorations in Popayán, between 1910 and 1916, and explains them from the point of view staging. First, this paper analyzes the centenary of Colombia's independence as the first great homage to the local hero's, especially Francisco José de Caldas. Then, it studies the centenaries of the battles in the Independence and the local hero's dead, to understand the role of these celebrations in the representation of Popayán's past as a glorious page in the history of the country. Besides, they also pretended to inculcate the idea of belonging and loyalty to the nation.

**Keywords:** Centenaries, hero's, historic memorie, catholicism.

## Introducción

En los albores del siglo XX, concretamente en el gobierno de Rafael Reyes (1904-1909), se produjo la desintegración del Estado Soberano del Cauca, entidad territorial que comprendía más de la mitad de la actual República de Colombia. Este proceso no solamente cambió la organización territorial del país, sino que también influyó en la mentalidad, por así decirlo, de las élites de Popayán. Con la creación de la Intendencia del Chocó (1903), así como de los departamentos de Nariño (1904), Caldas (1905), el cual integraba los actuales departamentos del Quindío, Caldas y Risaralda, y finalmente el Valle del Cauca y la Intendencia del Caquetá (1909), el nuevo Departamento del Cauca pasó a tener sus dimensiones actuales, terminando con los años de gloria de Popayán como centro político y económico del suroccidente colombiano. Guillermo Valencia, ilustre político y poeta payanes, mencionó una vez que al Departamento del Cauca se le habían robado la hacienda y que sólo les habían dejado el mangón de los terneros. A su vez, Diego Castrillón expresó que “se nos redujo a un cerco de cordilleras inexploradas” (Almario, 1994: 157-164). El espacio urbano de Popayán tampoco representaba grandes expectativas para el nuevo siglo que iniciaba. Gerson Ledezma (1996) menciona:

La plaza principal era un lodazal en donde pastaba y retozaba el ganado; lleno de matorrales y hierbas de toda especie. Algunas cuadras abajo de esta plaza las construcciones de casas pajizas afeaban la imagen de la ciudad de Belalcázar, como la élite la llamaba. El camellón hacia el sur era intransitable (Ledezma Gerson, 1996: 6).

Sumados a estos problemas se agregaban la tira de basura, los malos olores, el mal estado constante de las calles y la carencia de alumbrado eléctrico hasta 1918. En contraste con Popayán, que vivía en un aislamiento comercial, el Valle del Cauca y su capital Cali representaron un proyecto modernizador en el que jugaba un importante papel la apertura de vías de comunicación, con las cuales se pretendía romper el aislamiento de la región con el resto del país. Por otro lado, en 1915, la conexión de Cali y el puerto de Buenaventura, gracias al Ferrocarril del Pacífico, proporcionó al país una oportunidad de apertura al mercado mundial a través del Pacífico.

Ante este panorama, según Gerson Ledezma (2007), las élites de Popayán, al no poder identificarse con la naciente modernidad “no sólo aprovecharon la fiesta del Primer Centenario de la Independencia, 1910, para construir su nueva identidad, su relación con el pasado, su memoria colectiva, sino también para construir un tipo de tiempo adecuado a los nuevos desafíos del siglo XX” (2007: 69). En otras palabras,

optaron por reinventar y apearse a un pasado glorioso, siendo éste lo único que les quedaba, con el cual no solamente se insertaran dentro de la narrativa nacional, sino que además sirviera como forma de enfrentar y salir de la profunda crisis a que los llevó la desmembración del Gran Cauca. Por supuesto, este fue un camino más apegado al prestigio que al progreso material, debido a que la infraestructura necesaria para el desarrollo capitalista se localizaba lejos de la capital caucana. Ni siquiera la llegada del Ferrocarril del Pacífico, en 1926, hizo desaparecer el apego de las clases altas de Popayán por el pasado (incluyendo la arquitectura), quienes “cayeron presos (sic) de su propio invento” (2007: 84). El ferrocarril cumplió su función comercial, pero nunca propició un despegue industrial en el Cauca.

La mentalidad local no se desconectó de los intereses nacionales, sino que ambos confluyeron de cierta forma en la celebración del “Primer Centenario de la Independencia”. La Guerra de los Mil Días (1899-1902) y la pérdida de Panamá (1903) expusieron la debilidad del gobierno colombiano. Mientras la primera fue la máxima muestra de la disputa entre el Partido Liberal y el Conservador y, por ende, demostró la incapacidad de lograr una verdadera unidad, la segunda fue vista como una herida a la dignidad patriótica de todo el país, ya que el Estado parecía incapaz de preservar la soberanía nacional. Entonces, a nivel de todo el país, la fiesta del Centenario de la Independencia se consideró un medio para lograr la unidad nacional a través de la teatralización de una “memoria colectiva” que definiera los contenidos del pasado con los que se debían identificar los ciudadanos colombianos. Al mismo tiempo, se buscó superar el recuerdo de los funestos acontecimientos de finales del siglo XIX y principios XX. Para este momento la paz paso a considerarse parte del progreso de Colombia. A través del decreto 820 de 1902, respondiendo a la solicitud de Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá, se oficializó la construcción de un templo en la capital del país dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, a cuya advocación se rogaba por el fin de la Guerra de los Mil Días. El 22 de junio de ese mismo año fue celebrada en Bogotá la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, símbolo de la paz y de la reconciliación bipartidista, incluyéndose dentro del calendario festivo nacional, culminando así la consagración de Colombia a dicha advocación.

En los albores del nuevo siglo se consolidó la unión profunda entre el discurso nacionalista y el catolicismo, simbolizada por el Sagrado Corazón de Jesús, misma unión que surgió con la Constitución del 86 y la firma del Concordato con la Santa Sede en 1887. En materia educativa se estableció que la educación pública debía estar en concordancia con la Religión Católica, mientras que la Iglesia, según el Artículo 53, se encontraba libre para “administrar con toda autonomía sus bienes y para ejercer autoridad en la jurisdicción eclesiástica” (Piedradita,

2004: 398). Bajo estas normas Colombia empezó a experimentar la llegada de distintas congregaciones católicas provenientes de Europa, con el fin de formar a los colombianos bajo los preceptos de la moral cristiana, como parte de lo que consideraban un buen ciudadano o un buen patriota. En el caso de Popayán, los Hermanos Maristas llegaron en abril de 1889 con la intención de enseñar “los principios de la religión católica, el amor a la patria y el respeto por las Instituciones Nacionales (Martínez, 2001: 487). A su vez, las Hermanas de San José de Tarbes hicieron su entrada a la capital caucana en 1897, cuyo colegio funcionó en el claustro de la Encarnación, actual sede del Colegio Mayor del Cauca. En 1927, la Comunidad Salesiana ocupó dicho edificio al fundar el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús.

La construcción de la identidad colombiana también se vio reflejada en la institucionalización de un modo de concebir el pasado nacional. En 1902 se funda en Bogotá la Academia Colombiana de Historia, institución que pretendió la exaltación de la vida y obra de los “grandes hombres” de la patria, a través de la escritura, la erección de monumentos y la celebración de las fiestas patrias, así como también el cultivo de la lengua castellana. A su vez, este “credo nacional” busco ser reproducido a niveles locales gracias a la creación de las academias regionales de historia. Cada región “debía tener su prócer o sus héroes, o por lo menos un grupo de patricios prestantes que demostraron su contribución a la formación de la república” (Betancourt, 2007: 55). En Popayán, la Academia de Historia del Cauca fue fundada en 1907, llamándose primero Centro de Historia. Finalmente, el poder otorgado a la Iglesia tras la expedición de la Constitución del 86 dio como resultado la creación de las Arquidiócesis de Popayán (1900), de Cali (1910), la de Cartagena (1900) y la elevación de la Arquidiócesis de Bogotá a la categoría de Sede Primada de Colombia. En la temática que aborda este artículo, este contexto tuvo un profundo arraigo en una ciudad tradicionalista como Popayán, ya que las fiestas centenarias estuvieron cubiertas con una sacralidad comparable a las fiestas religiosas. Como una muestra de esto, en 1907, la llegada del nuevo Arzobispo, Manuel Antonio Arboleda, fue acompañada de ciertos elementos que serían usados por la fiesta del Primer Centenario de la Independencia, como veremos a continuación, incluyendo el propio Himno Nacional:

Las calles por las que debía verificarse la entrada fueron engalanadas, la víspera, con exquisito gusto, desde el extremo norte de la avenida de Bolívar hasta la Catedral Metropolitana. Tres arcos severos y hermosos señalaron en aquella avenida el buen gusto de quienes los levantaron; las calles del Humilladero y laterales de la plaza de Caldas no desdecían de quien dirigía su composición, y sobresalió, sobre todas, la carrera de San Francisco por donde pasaron el sr Gobernador del Departamento y todos los altos empleados cuando fueron a hacer la visita de estilo a los recién

llegados y estos, seguidos de todo el clero, cuando la retornaron (Agosto de 1907, “Crónica Local”. *Popayán*, 1: 14).

## 1: 1910, El Centenario de la Independencia Nacional

En 1910, la fiesta del Primer Centenario de la Independencia fue la primera gran visualización del mundo cívico-religioso inaugurado por la Constitución del 86, a través de las festividades nacionales en la ciudad de Popayán. Desde las vísperas de esta efeméride, que en Popayán duró desde el 18 de julio hasta el 20 del mismo, se observaron ejemplos de cómo la administración local se valió del fervor religioso para aumentar los ánimos en la fiesta patria. Desde el día 16, aprovechando la celebración del día de Nuestra Señora del Carmen, los miembros del Regimiento Junín ofrecieron al público, “con abundantes y escogidos fuegos artificiales, iluminación del frontis de la Catedral y verja del parque; habiendo hecho preceder dichos festejos con cantos marciales por las calles principales” (*Libro del centenario*, 1910: 52). El 18 de julio de 1910 comenzaron oficialmente los festejos del Centenario Popayán. Según lo programado por la Junta Departamental del Centenario:

Hubo la salva de cañonazos en la Colina de Belén a las cinco a. m., y desde las cuatro de la mañana dejáronse oír las Bandas militares de la ciudad que recorrían las principales calles, tocando trozos escogidos de música nacional. Al amanecer, todos los edificios públicos, casas particulares, parque, almacenes y talleres, ostentaban a profusión, aquellos el pabellón y la bandera nacional, éstos otros infinidad de banderas y gallardetes, con los colores nacionales; gran número de particulares adornaron el exterior de sus casas, ventanas y puertas con diferentes atavíos, como coronas, guirnaldas, escudos, festones, cuadros y aun cortinas, todo apropiado a los festejos y arreglado con exquisito gusto (*Libro del centenario*, 1910: 54).

Repitiéndose en los dos días siguientes, esta acción expresaba que el Ejército y la defensa nacional estaban bendecidos por Dios. Al mismo tiempo, se rememoraban los disparos ejecutados por los ejércitos patriotas. Lo anterior coincidió con un contexto en el que la Iglesia contaba con una gran influencia en la sociedad, así como una visión conservadora de la historia e identidad nacionales. Ese mismo año, Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá, con motivo del Centenario, proclamó el valor de la religión en los hechos rememorados a nivel nacional, considerándola no sólo como “la primera palanca de la civilización de la América entera, sino también como a elemento fecundo en la formación de esos hombres que encarnaron nuestra República, le dictaron leyes y la guiaron en los primeros pasos de nación independiente” (Arias, 2003: 80). Posteriormente, a la 1:00 p.m.,

se inauguró dentro del recinto del Concejo Municipal el Museo de Reliquias y Objetos Históricos, destinado a exponer los objetos pertenecientes a los hombres ilustres de la historia de Popayán. Entre los objetos expuestos se contaron un bastón del general José María Obando, una espada de honor del general Tomás Cipriano de Mosquera, un pequeño molino de viento construido por el Sabio Caldas, un antejo perteneciente al mismo y un manto del Ilustrísimo Arzobispo Mosquera. Así, el museo pretendió exponer la conexión de Popayán con la Independencia, es decir de una parte de la narrativa nacional, afirmando que la obra en pos de la patria había surgido de la capital del Departamento del Cauca.



Arco conmemorativo de la Batalla de Calibío

Diseñado por Rumel Correa Vargas

Fuente: Libro del Centenario

El desfile del 18 de julio fue encabezado por las bandas militares y las escuelas de la ciudad, así como el Centro de Historia y la Universidad del Cauca. Siguiendo a estos se encontraron varios funcionarios municipales y departamentales, el clero, incluyendo a monseñor Manuel Antonio Arboleda, acompañado del Director de Instrucción Pública, y finalmente una columna del Regimiento Junín que portaba la bandera colombiana. La ruta tomada por esta procesión poseía un gran valor simbólico, ya que embistió la historia nacional con un manto de sacralidad y, por ende, de legitimidad ante los ojos de los espectadores. En primer lugar, la carrera 6ª corresponde al primer tramo de la procesión del martes santo, la cual inicia desde la iglesia de San Agustín. En segundo lugar, el camino fue especialmente arreglado para representar la participación de Popayán en la gesta libertadora

gracias a la erección de tres arcos triunfales. Los dos primeros representaron dos de las batallas libradas en las cercanías de la ciudad durante la emancipación, *Alto Palacé* y *Calibío*, respectivamente, mientras que el tercero y último fue nombrado el *Arco Monumental* o *de los Próceres*, sobre el que se escribieron los nombres de sesenta y cuatro próceres. El primer arco fue colocado justo frente a la sacristía de la iglesia de San Agustín, mientras que el *Arco conmemorativo de la Batalla de Calibío* se ubicó dos cuadras más adelante. El *Arco de Calibío* se destacó por las figuras en bronce de *La Libertad* y *La Justicia* frente a ambas columnas. *La Libertad*, ubicada en la columna derecha, portaba el escudo de Colombia y el gorro frigio, mientras que *La Justicia*, en la columna izquierda, sostenía una espada y una balanza.

El arco del Alto Palacé, por su parte, se destacó por dos inscripciones alusivas a esta batalla. “Arriba en el friso leíase: “*Llor a los vencedores en el Alto Palacé-Diciembre 31 de 1813* -En la parte opuesta tenía la siguiente inscripción: *Alto Palacé-General Antonio Nariño- Coronel José María Cabal-Pedro Murgueitio-José María Quijano-Ignacio Torres Tenorio- Joaquin París-J. Rafael Mosquera-José Hilario López*” (*Libro del centenario*, 1910: 55). Los tres arcos estuvieron adornados por numerosos pabellones colombianos, presidiendo la entrada al Bosque de Ulloa, un camino de árboles sembrados por los estudiantes varones de Popayán, en honor al prócer local Francisco Antonio de Ulloa. La creación de este camino, siendo la primera vez que Popayán celebraba la fiesta del árbol, fue una remembranza del ritual decimonónico del árbol de la libertad. Éste originalmente “representaba claramente un instrumento de movilización, que fuera de sus funciones como creador de lealtad y unidad interna, también estaba dirigido hacia el exterior, con el fin de fomentar la solidaridad y avivar el entusiasmo por la lucha contra el poder colonial” (König, 1994: 270). Para este nuevo contexto la siembra de árboles fue un intento por estimular en los niños el amor a la patria, expresando que ellos eran la semilla del futuro de la nación. Sumado a esto, la fiesta del árbol fue una forma de reivindicar la historia nacional. Su mensaje era que pese al fusilamiento de un héroe, en este caso Ulloa, el sacrificio no había sido en vano. Este último había traído consecuencias importantes al inspirar a sus compatriotas en la lucha por la nación y, por ende, abriendo el camino para futuros triunfos, mismos objetivos que buscó cumplir la administración local. Los arcos triunfales transformaron la carrera 6ª, que fue cubierta por numerosas banderas colombianas, en una especie de templo consagrado al “beneficio divino” de la Independencia, en tanto los arcos fueron sus entradas, a la libertad y soberanía de Colombia, así como también en honor de sus gestores.

Este “templo” fue un símbolo de la unidad de todos los ciudadanos sin distinción alguna, así como de la reconciliación nacional, tras la Guerra de los Mil Días. El ideal del triunfo de los revolucionarios fue usado para explicar al pueblo porqué se había llegado a ese momento que estaban viviendo en 1910. Dentro de la retórica de la fiesta centenaria los próceres fueron quienes legaron la nación a las futuras generaciones, las cuales debían imitar su fidelidad a la nación, y a quienes se les debía la existencia. El presente encuentra su razón de ser en el pasado. En otras palabras, estos arcos simbolizaron el triunfo y permanencia de la nación frente a las corrientes de la historia, las cuales no se detenían en 1910, sino que se proyectaban indefinidamente en el futuro. Sin embargo, al igual que la exposición de las reliquias históricas, estos monumentos efímeros respondieron al deseo de conectar la memoria local con la gesta emancipadora, omitiendo así cualquier momento de la participación de Popayán en el bando realista durante el mencionado proceso. Este fue el primer paso del centenario en la construcción del *pueblo payanes*, un ejemplo de patriotismo colombiano. Una muestra de esto fue el discurso pronunciado por Luis Cajiao Wallis, justo antes de develar una placa en honor del mártir local José Manuel Castrillón<sup>1</sup>, en el edificio de la Gobernación, en el segundo día del centenario:

¡Salve, Mártir sublime! El pueblo payanés, tu pueblo, el más heroico y más notable de la América; cuya historia simboliza la historia de la Patria; el que lleva en la mente la luz de lo infinito y en el pecho el aliento de los libres (*Libro del centenario*, 1910: 76.).

A pesar de la representación anterior el valor del templo cristiano, como muestra de la relación entre el catolicismo y lo que hoy podríamos llamar la colombianidad, fue más evidente en los primeros festejos del 20 de julio. A las 9:00 a.m. del mencionado día inició la marcha de las autoridades civiles y eclesiásticas desde el Palacio Arzobispal en dirección a la Catedral Metropolitana, con motivo de la misa pontifical y el cantar del *Te Deum*. El orden ceremonial en que fueron entrando estos grupos presentó grandes similitudes con las procesiones de Semana Santa, estando a la cabeza la cruz del Prelado, seguida por el Seminario Mayor, los sacerdotes y los redentoristas, para luego ingresar el Gobernador y demás funcionarios públicos. Los ciudadanos que concurrieron a la Catedral en ese momento fueron llamados a rendir un tributo a Dios como agradecimiento por el “beneficio de la Independencia Nacional”, lo que engrandeció el amor por la nación colombiana a

---

<sup>1</sup> El 19 de julio de 1910 fueron develadas siete placas en honor de los mártires payaneses en las casas que estos habitaron. Sin embargo, actualmente solamente sobreviven las de Francisco José de Caldas, Francisco Antonio de Ulloa, Rafael Pombo y Manuel José de Castrillón.

la luz de la religión católica. Previamente a la llegada de estos grupos fue tocado el Himno Nacional, mientras que:

El interior del templo estaba adornado en relación con la festividad patria; el pabellón nacional lucía en el altar mayor al lado de los parámetros religiosos. A los lados del altar lucían los hermosos candelabros de bronce recientemente introducidos por el señor Arzobispo, y los ricos de plata bruñida relucían a diversas alturas en el gran retablo del altar mayor. Luces a profusión, con su dorado matiz, iluminaban grandiosamente el tabernáculo del Dios crucificado, y sobre la mesa del altar yacían dispuestas en riguroso orden las vestiduras sagradas que en breve había de llevar el Ilustrísimo Prelado (*Libro del centenario*, 1910: 84).

Finalizada la misa, el Arzobispo Manuel Antonio Arboleda “exhortó desde su trono a los fieles, al amor a la Patria, sublimado por la religión” (*Libro del centenario*, 1910: 85) Una vez que el Arzobispo se retiró de su trono fue tocado nuevamente el Himno Nacional. Estos elementos reforzaron la unión del discurso religioso con el sentimiento nacionalista, siendo ambos prácticamente sinónimos en Colombia a comienzos del siglo XX. El siguiente punto de los actos del 20 de julio fue el desfile de cinco carros alegóricos, el cual inició desde la Iglesia de San Francisco y atravesó la calle 4ª, coincidiendo así con el primer tramo de la procesión del Corpus Christi. El homenaje se concentró en exaltar las virtudes que se atribuían a Colombia y con las cuales Popayán se propuso a dar un tributo digno de la nación. Los nombres de los carros alegóricos y su orden dentro del desfile, que inició pasadas las 12:30 p.m. fueron *La Paz*, *El Trabajo*, *La Religión*, *Las Ciencias* y por último *Las Cinco Repúblicas*. Las niñas a bordo de estos carruajes usaban en su mayoría vestidos blancos y portaban adornos tales como coronas y gorros frigos, según revelan ciertas fotografías del evento. Éstas fueron alusiones al republicanismo, es decir a la defensa de la libertad, la soberanía y el derecho de un pueblo, aspectos claves para una nación moderna.



Carro simbólico de la Paz  
Fuente: Libro del Centenario

El *Carro de La Paz*, era jalado por dos bueyes blancos con cascos dorados, mientras que sobre él la figura más destacada fue *La Paz*, representada por la señorita Rosa Elvira Chau, junto con *La Riqueza*, *La Agricultura*, *La Poesía*, *La Pintura*, *La Música* y *El Progreso*. La figura de *La Paz* tenía “coronada la cabeza de olivo y suavemente recostada contra el pabellón nacional que le hacía sombra, de veste blanca, suelta, alada como La Victoria, llevaba en su derecha un ramo de olivo, y en la izquierda una antorcha preparada para quemar numerosos trofeos de guerra hacinados a sus plantas” (*Libro del centenario*, 1910: 87). *La Paz*, sobresaliente por sus grandes alas, simbolizaba la estabilidad obtenidas tras la guerra de independencia, según el mensaje del centenario, como también el fin de la Guerra de los Mil Días, siendo por lo tanto una expresión del progreso de Colombia. Una particularidad de la alegoría encarnada por la señorita Chau fue su alusión a un elemento de la cultura judeo-cristiana: la paloma como símbolo de la paz. En el Antiguo Testamento, Génesis 8:8-12, Noé envía una paloma para ver si las aguas habían bajado de la faz tierra tras el Diluvio Universal. Después de siete días la paloma regresó con una rama de olivo en el pico, indicando que la inundación había terminado y que Dios estaba de nuevo en paz con la humanidad. Al portar alas blancas y sostener un ramo de olivo, la alegoría descrita anteriormente tomó el componente religioso de la paloma, con el cual habrían estado familiarizados los ciudadanos payaneses, y lo mezcló con el contenido nacionalista de la fiesta centenaria. Esto dio como resultado un nuevo mensaje:

el mundo estaba en paz con Colombia, y para ésta se auguraban nuevos tiempos de prosperidad. Complementando esta alegoría estaban *La Riqueza*, portando el cuerno de la abundancia y sacos de dinero, y *El Progreso*, encarnado por el joven Alfredo Garcés, quien portaba un traje de obrero mientras sostenía una pequeña imprenta y distribuía al público hojas con una poesía titulada *La Paz*.

El carro más representativo, junto con el de *La Paz*, fue *El Carro de la Religión*. Simbolizando la relación entre el Estado colombiano y la Santa Sede, tras la firma del Concordato. Este carruaje estaba adornado por varios escudos de Colombia y así como del Pontífice reinante, el cual para ese momento era Pio X. La señorita Josefina Arroyo interpretó a *La Religión*, la cual vestía una túnica blanca y un manto azul. La mano derecha de esta figura se apoyaba “en una gran cruz de cuyos brazos pendía un delicado gallardete blanco con esta inscripción en letras de oro: *Dios y Patria*; y sobre el brazo izquierdo, y abierto como si leyera en él, llevaba el libro de los Evangelios” (*Libro del centenario*, 1910: 88). Además, “de los costados del carro salían ocho largas cintas azules, roja y amarillas, llevadas por catorce Hermanas de la Caridad y dos de las RR. Madres de la orden de San José de Tarbes” (*Libro del centenario*, 1910: 89) Los Carros de *Las Ciencias* y *Las Cinco Repúblicas* constituyeron la última parte del desfile, seguidos por el Gobernador del Departamento, el Director de Instrucción Pública, la Banda Militar y el Regimiento Junín No.11. La procesión cívica continuó en línea recta hasta la esquina de la Iglesia de Santo Domingo, donde giró a la derecha para luego volver a girar a la derecha una cuadra más adelante, en dirección al Parque de Caldas, en cuyo centro fue erigida una estatua del mártir Francisco José de Caldas, figura central del centenario en Popayán.



Estatua de Francisco José de Caldas  
Centenario de la Independencia Nacional (1910)  
Fuente: Colección José María Arboleda Castrillón

El parque fue decorado de tal manera que el público se conectara con la Independencia y sus gestores. “Para ello distribuyó con arte y precisión, a rigurosas distancias, postes de guadua muy bien escogidas y uniformes, debidamente pintadas de rojo, de las cuales pendían en su parte superior hermosos gallardetes flotantes contruidos con los colores nacionales” (*Libro del centenario*, 1910: 80). Sobre estos postes también fueron colgados varios escudos con los nombres de los principales próceres de “nuestra independencia” (empezando por Bolívar, Nariño, Ricaurte, Torres y Caldas), como también las batallas decisivas de dicho proceso, dentro de las que se contaba Boyacá, Calibío, Bajo y Alto Palacé y El Palo, así como otras libradas fuera del territorio colombiano como Carabobo, Junín y Ayacucho. Al mismo tiempo, “elegantes dibujos en dos y tres colores, limitando un espacio, con el fin de inscribir allí los principales rasgos de la vida del Sabio” (*Libro del centenario*, 1910: 82), fueron colocados sobre la reja y las columnas del parque. Así, Popayán se sumaba al gran tributo hecho a la Patria y, al mismo tiempo, reivindicaba su nombre a través de la invención de un pasado glorioso al cual querían arraigarse, así como el nombre de un personaje que por sus virtudes fue visto como una figura representativa del pueblo payanés y del Olimpo Nacional. Tras la develación de la estatua de Caldas, la cual estaba cubierta por el pabellón nacional, las escuelas de ambos sexos de la ciudad y la banda del Regimiento Junín No.11 interpretaron un *Himno a Caldas*, el cual sería cantado dos años más

tarde durante la fiesta del árbol. La letra de este himno representó a este personaje como un defensor de la libertad nacional, y a ésta como una especie de lucha del bien contra el mal que debían continuar las nuevas generaciones:

Popayán ¡hoy tus glorias ensalza Sabio atleta de un siglo pasado! El clarín de la fama ha sonado y resuenan sus ecos sin fin (Sic).

Con tu muerte troncharon la encina. Más frondosa del suelo caucano. ¡Oh Morillo feroz! ¡Oh Tirano!. Tú legaste a tu patria el baldón.

Arrancaste a este suelo el baluarte, La lumbrera de tiempos mejores; Lo sumiste en profundos dolores. Oh verdugo! Cual otro Caín.

Mas, unidos estamos ahora celebrando las glorias de Caldas. Junto al Ande, en sus fértiles faldas, do su aliento postrero exhaló

(*“Himnos que cantarán los alumnos, 1912: 10)*

De esta manera el parque quedó definitivamente consagrado a la memoria de este héroe, cuya figura sirvió como una especie de consuelo frente a los tiempos difíciles que enfrentaba Popayán, tras la desaparición del Gran Cauca. Hay que agregar que aunque el uso público de la historia y la erección de monumentos no fue exclusivo de Popayán, sí tuvo un peso especial en ésta. A diferencia de Bogotá, centro de los festejos del Centenario y desde donde se pretendió mostrar el rostro más tecnificado de Colombia, gracias a la “Exposición Agrícola e Industrial”, Popayán y el Cauca no representaron grandes esperanzas para el futuro. Aunque a comienzos de la década de 1910 la capital caucana buscaba su propia salida al Pacífico, la incorporación de zonas marginadas y la conexión con otros departamentos, a través de los caminos del Micay y Moscopan, Cali continuó poseyendo las mejores condiciones para incorporarse al mercado nacional y mundial. Por el contrario, Popayán permanecía aislada y el cultivo de las tierras del Cauca estaba sumido en un profundo abandono. Además, las actividades artesanales estaban muy arraigadas, aunque no pretendo sobrestimar el grado de industrialización del resto del país, y la riqueza local se había venido abajo con el abandono de la industria minera y el desprecio de los mercados europeos por la quina regional (Ayala, 2000: 13-48).

Las alegorías permanecieron a manera de homenaje junto al pedestal de la estatua recientemente develada, mientras que a las 6:00 p.m. la ciudad y el Parque de Caldas, incluyendo la propia estatua, fueron iluminados por faroles y lámparas, acompañadas por numerosas banderas nacionales. Finalmente, pasadas las 7:00 p.m., “unos pocos globos de fuegos artificiales alegraron al público por algunos instantes, y numerosas damas, señoritas y caballeros gozaron en recorrer las afueras y principales avenidas del Parque, quemando fósforos de multicolores luces de Bengala hasta avanzada la noche” (*Libro del Centenario, 1910: 108)* Por

último, el 24 de julio, debido a un cambio en la programación, los ciudadanos, así como las autoridades civiles y eclesiásticas, fueron convocados a la Capilla de Belén con el fin de rendir un tributo al otro prócer insigne de Popayán, Camilo Torres y Tenorio. Como una muestra más de la unión del discurso nacionalista y el sentimiento religioso los árboles alrededor de la colina, así como de la propia capilla, fueron decorados con un gran número de banderas colombianas. Así, se exaltó el martirio de Torres a través de la devoción al Santo Ecce Homo, patrono de Popayán, cuya imagen se guarda en la mencionada capilla.

## **2: Legionarios: victorias pasadas, lecciones para el futuro**

El héroe es una figura central para la formación de ciudadanos patriotas al ser la encarnación del vínculo con la patria, desde el nacimiento hasta el momento de su muerte. El héroe representa los rasgos más significativos con los que un pueblo busca identificarse, así como el rechazo a todo lo que es contrario a la nación. El sujeto pierde sus rasgos más humanos para pasar a ser visto como un “microcosmos o como representación simbólica de una entidad colectiva”. A su vez, su acción política “tenía que abrazar afinidades reales e intereses comunes” (Colmenares, 2008: 139-141). Además, esta figura constituye un modelo de compromiso con la nación que debe ser imitado, gracias a la mitificación de sus acciones, siendo los triunfos militares las más exaltadas. Las victorias en el campo de batalla son immortalizadas por las generaciones futuras para difundir la idea del triunfo no de un simple destacamento o un movimiento político, sino de la “voluntad de todo un pueblo”. Así, los festejos en honor a los próceres y sus acciones fueron medios para exaltar los episodios pertenecientes a la historia de la nación, es decir, de sacralizar la historia de aquella comunidad a la cual pertenecían todos los ciudadanos y transmitir ciertos valores.

El 28 de marzo de 1911 Popayán conmemoró los cien años de la Batalla del Bajo Palacé, primer gran triunfo de los ejércitos patriotas de la Nueva Granada. A las 7:00 a.m. de aquel día, el Prefecto de Popayán se dirigió al lugar del histórico enfrentamiento, en la margen izquierda del río Palacé, acompañado de una comisión compuesta por los miembros del Concejo Municipal, incluyendo el Alcalde. A esta comisión también se sumaron algunos representantes de la Universidad del Cauca y un pelotón del Batallón Junín, además de la asistencia de particulares a quienes se invitó a solemnizar el acto. Llegados al lugar de dio inició a la ceremonia de colocación de la primera piedra del monumento en honor a los victoriosos comandantes de esta batalla. Este monumento, desconociendo el momento de su culminación, fue proyectado como una columna piramidal, en

cuyo pedestal destacaría una inscripción con las siguientes palabras: *El Cauca a la memoria de los primeros héroes de la Independencia Suramericana: Baraya, Miguel Cabal, Nicolás Larrahondo, Manuel María Larrahondo, Cancino, Miguel Cabal, Francisco Cabal, etc, etc, etc. 28 de Marzo de 1911*

(“*Conmemoración del primer centenario*”, 1911: 8). El valor de este tipo de monumento radicó en que “su simbolismo político está vinculado a la representación de la firmeza y la perdurabilidad de las decisiones del poder” (Gutiérrez, 2004: 275), por lo tanto fue una forma de glorificar el origen de la nación, así como reafirmar su perdurabilidad a través del tiempo. Dicho eso, la colocación de la primera piedra, como un acto fundacional, representó la construcción de un nuevo futuro basado en la solidez, la durabilidad y la estabilidad. Además, este monumento fue un intento más de conectar la historia de Popayán con la gesta emancipadora y, por ende, de exponer esta última como un único proceso histórico, reforzando la idea de unidad nacional a través del pasado.

En Popayán la fiesta en honor de los próceres del Bajo Palacé inició a las 8:00 a.m. con la celebración de la misa pontifical en la Catedral Metropolitana. A esta ceremonia asistieron los empleados públicos acompañados por los alumnos de las escuelas de ambos sexos, los cuales cantaron el Himno Nacional previamente al Santo Sacrificio. Esta ceremonia fue una muestra más de la unión entre el catolicismo y el espíritu nacionalista colombiano en los albores del siglo XX, pero también fue una muestra de la evolución del ceremonial cívico en Popayán. A finales del siglo XIX los homenajes en honor a los héroes de la Independencia se limitaron al espacio cerrado de los funcionarios públicos. Sin embargo, el “Centenario de la Independencia”, en 1910, inició la participación de las escuelas en las celebraciones políticas de la capital caucana, por lo que la administración local podía expandir y consolidar el mensaje nacionalista a través de las jóvenes mentes. A partir de esta década, en Popayán se buscó revitalizar el amor y fidelidad de los niños a la nación no solamente aprovechando el ciclo de las fiestas centenarias para fomentar las lecturas de historia patria, sino también impulsar una mayor participación de los jóvenes estudiantes en las varias efemérides. Además, las lecciones de historia impartidas con motivo de los centenarios patrios debían iniciar con el saludo a la bandera y el canto del Himno Nacional en los salones de clase, como fue el caso del centenario de la Batalla del Bajo Palacé el día anterior de los festejos centrales, por ejemplo, en la Escuela Oficial de Varones, Primaria y Superior, dirigida por los Hermanos Maristas (“*Conmemoración del primer centenario*”, 1911: 48-49). No obstante, la inclusión y reglamentación de los niños en las festividades civiles

también significaba su control y la creación de normas de comportamiento dentro del espacio escolar<sup>2</sup>.

A la 1:00 p.m., inició el desfile en honor a los próceres del Bajo Palacé, cuyo punto de salida fue el puente del Humilladero, marchando en línea recta por la Cra 6ª. La marcha fue encabezada por las bandas militares, un componente del Regimiento Junín No.11, las escuelas de varones 1 y 2, la Escuela Normal de Institutores, la Universidad del Cauca y el Centro de Historia. Después se encontraba el Concejo Municipal, acompañado de los representantes de los municipios de Cali, Caloto, Buga, Santander de Quilichao, Bolívar y Silvia. Es interesante observar que las tres primeras ciudades formaron parte de las *Ciudades Confederadas del Valle del Cauca*, cuyas tropas, comandadas por Antonio Baraya, derrotaron al español Miguel Tacón en la batalla que se estaba conmemorando. Siguiendo a estos estaba el clero de la ciudad, incluyendo al Arzobispo, mientras que en la última parte del cortejo se ubicaron los empleados de la Gobernación y los miembros del Regimiento Junín. A este grupo se integró la comisión proveniente del río Palacé. Como fue acordado, el Gobernador acompañó el desfile que debía continuar “alrededor de la plaza, pasando sucesivamente por la esquina del Mirador, del Reloj, del Palacio de Gobierno en construcción y de la Administración de Correos, para luego dirigirse a la plazuela de la Iglesia de Santo Domingo” (pp.15-16). Este fue el punto final del desfile y donde se levantó un lienzo del monumento que debía construirse junto al río Palacé, a cargo de los Hermanos Maristas. Finalmente, una gran cantidad de coronas, las cuales contenían varias tarjetas ofrecidas a los héroes de la patria, fueron colocadas en la base de aquella pintura. Por la noche, a manera de clausura, los miembros del Regimiento Junín realizaron una marcha de antorchas, estando iluminados los árboles y prados del parque central, mientras cantaban varios himnos marciales.

El camino tomado por este desfile, el cual fue amenizado por los estudiantes de las escuelas que cantaron el Himno Nacional, estaba impregnado de un contenido simbólico sumamente especial. Primero, la entrada de los grupos a través de la Calle del Humilladero fue una alusión a la entrada de los ejércitos patriotas después de su triunfo en esta histórica batalla, así como también la entrada del Libertador a Popayán en 1822, la cual también terminó en la Iglesia de Santo Domingo. Ambos acontecimientos fueron considerados como mitos, por así decirlo, que explicaban, desde la experiencia payanesa, el triunfo de la nación. Sumado a esto, el colocar

---

<sup>2</sup> Por ejemplo, en 1913 la Dirección de Instrucción Pública ordenó la creación de la Legión de la Bandera en todas las escuelas de Popayán y el Cauca, tanto de niños como de niñas. Ésta era una distinción dada a los estudiantes que presentasen una buena conducta y calificaciones altas en las materias de Historia Patria y Geografía de Colombia. Los legionarios debían llevar una escarapela con los colores nacionales durante los días de fiesta civil y eclesiástica, mientras encabezaban las filas durante los desfiles. Además, también debían custodiar la bandera nacional que debía izarse públicamente durante los días de fiesta, ya fuesen civiles o religiosas.

coronas es un acto de tributo y reconocimiento a las virtudes de un individuo, en este caso de los personajes ilustres de la historia nacional. “Por el simbolismo del nivel, la corona no sólo se halla en lo más alto del cuerpo (y del ser humano), sino que lo supera; por esto simboliza, en el sentido más amplio y profundo, la propia idea de superación” (Cirlot, 1997: 151). Además de su significado fúnebre, las coronas en esta celebración, como en las subsiguientes, simbolizaron las cualidades que glorificaban a estos héroes, haciéndolos superiores ante los ojos de quienes observaban este acto, pero también en modelos a seguir, además de representar el triunfo del pueblo colombiano. Dicho eso, esta puesta en escena fue una forma de que las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, se representaran como herederas de un proyecto republicano, legitimándose así ante los ojos de los ciudadanos payaneses.

El 14 de enero de 1914, siguiendo el ejemplo anterior, en el Centenario de la Batalla de Calibío, las autoridades del municipio se desplazaron a las cercanías de la homónima hacienda, lugar donde el general neogranadino Antonio Nariño derrotó al comandante español Juan Sámamo. Así, las bandas militares, los miembros del Regimiento Junín y varios particulares marcharon al “glorioso campo” con intención de colocar la primera piedra de un nuevo monumento conmemorativo, del cual no contamos con mayores detalles. Esta piedra, “tallada artísticamente, ostentaba en letras rojas el día, mes y año de la batalla, y en su cúspide descansaba, un retrato, a lápiz, de Nariño” (febrero de 1914, “Celebración del primer centenario de la batalla de Calibío”. *Popayán*, 57: 120), personaje central de la celebración. A su vez, Guillermo Valencia, antes de colocar una corona sobre esta piedra, recitó una poesía titulada *A Nariño*. En Popayán, a las 12:00 a.m., “se organizó un desfile compuesto por las escuelas de la ciudad y la Universidad del Cauca, con el objeto de sembrar unos árboles en el camellón del cementerio” (febrero de 1914, “Celebración del primer centenario de la batalla de Calibío”. *Popayán*, 57: 120), mientras que en la noche los miembros del Regimiento Junín entonaron cantos patrióticos por las calles. La finalización de esta fiesta, el día 15, consistió en la bendición de la bandera nacional por parte de monseñor Manuel Antonio Arboleda, así como el juramento de los jefes del Regimiento Junín a la misma, frente a la Catedral Metropolitana, acto celebrado por primera vez el 25 de diciembre de 1911. Finalizada la misa, el Arzobispo entregó la bandera al Regimiento y este último al General Ernesto Borrero, Jefe del Estado Mayor de la 2ª Brigada. Finalizada la ceremonia con que se bendijo el pabellón nacional “se procedió al juramento de los soldados, quienes con un <si juramos>, elevado en un grito formidable, vendieron sus vidas a la Patria y sentaron la piedra angular del futuro engrandecimiento militar

de Colombia” (febrero de 1914, “Celebración del primer centenario de la batalla de Calibío”. *Popayán*, 57: 121).

El juramento a la bandera fue claramente un ejemplo de lo que Eric Hobsbawm llama una “tradición inventada”, refiriéndose a aquellas prácticas cuya naturaleza ritual “establecen o simbolizan cohesión social o pertenencia a un grupo, ya sean comunidades reales o artificiales” (Hobsbawm, & Ranger, 2002: 16). Al mismo tiempo, la fiesta de la bandera, como fue llamada originalmente, fue un medio para que los cuerpos militares se legitimasen ante el pueblo. Gracias a la puesta en escena los soldados mostraron su poderío como agentes de control, pero también se representaron a sí mismos como protectores del pueblo colombiano, de las creencias religiosas y en el ejemplo viviente del compromiso con la nación por sobre todas las cosas, imitando a los victoriosos próceres que homenajearon. Por otra parte, al iniciar la fiesta en el lugar de los épicos enfrentamientos, las dos efemérides descritas sacralizaron esos espacios en nombre de la historia de la comunidad nacional y, por ende, pretendieron reforzar la identificación con la tierra natal. “Para crear una nación hace falta un territorio histórico al cual apreciar y defender y cuya propiedad sea reconocida por propios y extraños” (Smith, 1998), por lo que es imperativo dar un carácter histórico a un sitio natural. Así, Popayán y sus alrededores quedaban inscritos dentro de un “mapa” que los mostraba no solamente como parte de un gran territorio claramente delimitado (Anderson, 1993), sino también como parte de la historia del pueblo colombiano.

### 3: Los mártires payaneses: santos patriotas de Colombia

El mártir, junto con el comandante militar, constituye la otra forma del héroe nacional, exaltándose su muerte como el máximo ejemplo de fidelidad a la nación, equiparada a una devoción religiosa. Los homenajes a Camilo Torres y Tenorio, mártir insigne de Popayán junto con Caldas, iniciaron con la inauguración de una estatua en su honor, el 11 de junio de 1916, frente a la iglesia de San Francisco<sup>3</sup>. En esta ocasión, que inició a las 12:00 a.m., desfilaron en estricto orden cinco carrozas con los nombres de *El Cauca*, *La República*, *La Paz*, y *La Ciudad de Popayán*. A bordo del carro de *La República* destacaron las alegorías de *la Gloria* y *la República*. La primera, que además portaba en la mano izquierda una inscripción que decía

<sup>3</sup> El trabajo de la erección de este monumento empezó en noviembre de 1911 cuando el Concejo Municipal de Popayán designó los miembros de la Junta encargada de exigir al Gobierno Nacional el cumplimiento de la ley número 31 de 1911, en la cual se ordenaba la erección de la estatua de Torres en su ciudad natal para el 4 de octubre de 1912, centenario de la exaltación de este prócer a la presidencia de las Provincias de la Nueva Granada. Sin embargo, se desconoce los motivos exactos de la elección de la plazuela de San Francisco para la colocación de la estatua, debido a la estrechez del espacio y a la mala higiene de la ciudad producto de la tira de basuras en las calles y el río molino. Originalmente se consideró la construcción de un parque en la entrada norte de la ciudad debido al mayor espacio disponible.

“A Camilo Torres”, entregaba una corona de laurel a la segunda. La corona de laurel, un símbolo de victoria que se remonta a cómo eran recibidos los generales y emperadores romanos, significaba el triunfo de la libertad. Este triunfo no se refería únicamente a la emancipación, sino también a la victoria y perdurabilidad de la nación libre a través de los años, siendo Torres uno de sus principales defensores. Reforzando este mensaje, *La Libertad* portaba unas cadenas rotas.

El carro de *La Ciudad de Popayán*, precedido por una representación de Sebastián de Belalcazar, conquistador español y fundador la ciudad, simbolizaba las virtudes y orígenes nobles de la capital caucana como lugar de nacimiento del mártir festejado. Fueron cinco las alegorías sobre este carro: *La Guerra*, *La Religión*, *La Historia*, *La Ciencia*, *La Poesía y Popayán*. La última de estas figuras fue encarnada por Jesusita de Praga y Velasco, “reina de verdad, que ostenta la almenada corona de oro y empuña la lanza y el escudo con que la Majestad del rey-emperador, don Carlos V, distinguió la ciudad” (octubre de 1916, “Relación de los festejos”, *Popayán*, 75: 28). En conjunto estas alegorías representaron la herencia hispánica con la que, a grandes rasgos, se pretendió identificar la identidad colombiana principios del siglo XX. Los conquistadores fueron vistos en gran medida como los “fundadores de la nacionalidad”, ya que a través de su labor se introdujeron la lengua castellana y la fe católica, siendo ambas consideradas virtudes de un buen colombiano. Desde el punto de vista de esta representación cultural, la condición de Colombia como una nación “civilizada” estaba más determinada por una riqueza espiritual que un avance tecnológico, mientras buscaba sus orígenes en la colonia, razón de la presencia de la figura de *La Historia* en esta representación, omitiendo conscientemente el pasado indígena. Por supuesto, Popayán habría estado muy familiarizada con esta visión, debido a su imagen de ciudad colonial (consideremos que en el *Himno a Caldas* se condenó a Pablo Morillo, pero no a España, la “Madre Patria”). Ejemplo de esto fue la fiesta del árbol de 1911, en la cual se pretendió “dar gracias a Dios por el descubrimiento de América, para rogar por Cristóbal Colón, por los fundadores de Popayán, por los próceres de Colombia, por las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, por los maestros y por los niños” (Informe del Director General de Instrucción Pública, 1912: 37).

Junto a los muchos particulares y funcionarios públicos, ciertos grupos solemnizaron este desfile en honor a Torres, entre estos los “obreros y artesanos”<sup>4</sup> (después del carro de la República y antes de *La Ciudad de Popayán*), quienes

---

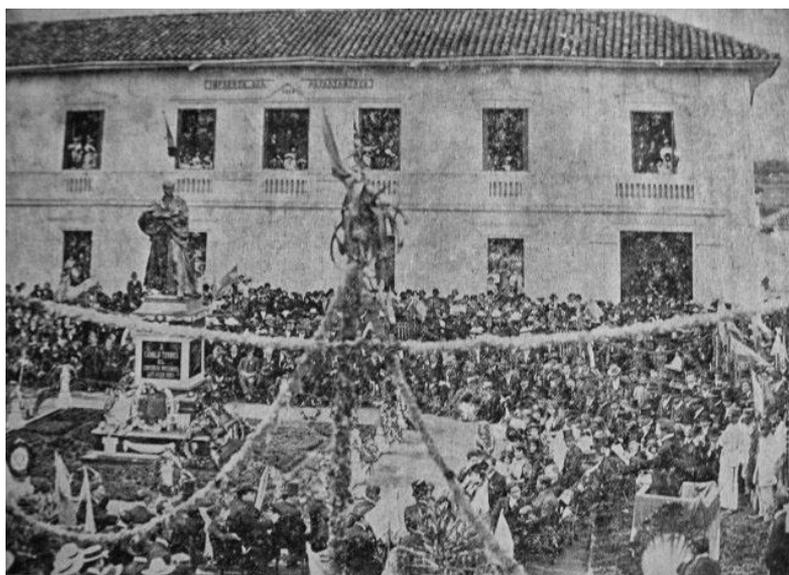
4 A pesar de que se les nombra por separado no parece existir una diferencia clara entre ambos oficios, ya que, como lo ejemplifica la corona tallada en madera como ofrenda a Camilo Torres, los llamados obreros desempeñaban actividades artesanales, tanto en Popayán como en el resto de Colombia, lo que se explica por el precario desarrollo industrial de entonces. Además, los círculos de obreros no eran grupos autónomos, sino que estaban dirigidos por sacerdotes con el fin de evitar la propagación de ideas liberales y comunistas. La fiesta del Santo Ecce Homo, cuya fecha corresponde al 1 de mayo, era un medio clave para cumplir este objetivo en Popayán.

*ofrecieron como tributo a la memoria del prócer un escudo y corona de laurel tallados en madera, con un mensaje que decía “A Camilo Torres”<sup>5</sup>. También destacaron los ochenta niños del Batallón Infantil, grupo dirigido por el Regimiento Junín. Los miembros de este pequeño batallón iban “vestidos de azul y blanco y llevan el pequeño rifle con una gallardía que arranca aplausos y simpatías por doquiera” (octubre de 1916, “Relación de los festejos”, Popayán, 75: 29). La presencia de niños vestidos de militares representó la adhesión incondicional hacia la nación, cuyos deberes civiles y militares eran asumidos simbólicamente por estos “pequeños patriotas”. “Los niños soldados se convierten en el puente emotivo entre un pasado heroico, en el que nació la patria y que el ejército pretende encarnar, y el promisorio futuro en que esos niños vivirán, ya definidos ante la mirada de sus padres como los defensores de la patria del mañana” (Bertoni, 1992: 88).*

Una vez llegados a la plazuela de San Francisco, adornada por el tricolor nacional, Guillermo Valencia pronunció un discurso en honor a este hijo ilustre de Popayán. Al igual que la estatua de Caldas, seis años antes, la erección del nuevo monumento a Camilo Torres, cubierta por la bandera colombiana, fue el uso de la figura del héroe nacional para avivar los ánimos patriotas de los payaneses, en un momento en que el Departamento del Cauca y su capital se encontraban en una condición de marginamiento. Guillermo Valencia demostró esto al culminar su intervención con las siguientes palabras: Alma de Torres, alumbranos!; martirio de Torres, confórtanos!; Virtud de Torres muévenos!; gloria de Torres, aliéntanos!; Sangre de Torres, sálvanos! (octubre de 1916, “Relación de los festejos”, Popayán, 75: 52). Al final de este acto hubo un repique de campanas, mientras las distintas entidades depositaron coronas en el pedestal de la estatua del prócer. Finalmente, la Municipalidad de Popayán realizó una sesión extraordinaria dentro del templo de San Francisco.

---

<sup>5</sup> Este escudo, que actualmente se encuentra en la Sala de Lectura del Archivo Central del Cauca, se caracteriza por estar coronado por un cóndor, ave nacional de Colombia.



Inauguración de la estatua de Camilo Torres (1916)

Fuente: Revista Popayán

Una de las características más importantes de las fiestas en honor a los mártires en Popayán, fue que su ritualidad equiparó a estas figuras con el cristianismo y, por lo tanto, les otorgó un mayor grado de sacralidad que otras celebraciones, así como también una mayor legitimidad ante los ojos de una sociedad altamente tradicionalista. A las 9:00 a.m. del 5 de octubre de 1916, día del centenario de la muerte de Camilo Torres, Manuel Rodríguez Torices y Pedro Felipe Valencia, las autoridades civiles, eclesiásticas y militares se reunieron para asistir a los oficios religiosos en la Catedral Metropolitana, mientras un destacamento del Regimiento Junín realizaba disparos de salvas en el Parque de Caldas. Dentro del templo, el elemento que captó más la atención del público, debido al fervor religioso, fue:

Una gran cruz bordada en hojas de laurel y de roble circuida en espiral de flores lilas, ceñida en sus brazos por un paño negro en que se leían en letras de oro los nombres de los mártires; a los lados, una fila de rifles; en la base, diagonalmente, el tricolor nacional, a manera de clámide simbólica del Redentor, cuya imagen, de una expresión indefinible, parecía señalar con la diestra el catafalco cubierto con la bandera de pliegues que sirvieron de sudario a aquel grupo de locos que en la locura de su ideal se abrazaron a él para volar por las regiones de la eterna vida, mientras con la otra mano señalaba a ese corazón abierto a todos los dolores, como signo y remate de todo sacrificio. Cien coronas, en que el gusto de nuestras damas agotó el repertorio de sus refinamientos, completaban el adorno (8 de octubre de 1916, *La Unión Conservadora*: 2).

Tras realizar los oficios fúnebres, el presbítero González realizó una oración a Torres, equiparado con “el elogio del mártir cristiano, en quien domina el sentimiento religioso como meta de sus aspiraciones y como numen inspirador de sus virtudes civiles” (8 de octubre de 1916, *La Unión Conservadora*: 2). A las 12:00 a.m. las distintas corporaciones iniciaron su marcha desde el Parque de Caldas hacia la plazuela de San Francisco para depositar varias coronas junto al pedestal de la estatua de Torres. En este punto las coronas ofrecidas tomaron un significado fúnebre, pero, por sobre todo, la cruz expuesta convertía a los mártires en los “redentores” del pueblo colombiano, según el mensaje de la fiesta, al ser quienes legaron la nación independiente a sus contemporáneos y a las futuras generaciones, equiparando su muerte incluso con el sacrificio de Cristo. La vida y muerte de los mártires gira enteramente alrededor del compromiso con la nación, al igual que El Salvador tenía la misión de “servir y para dar su vida en rescate por todos” (Mt 20:28), misión que, pese al sufrimiento y las humillaciones, siguió fielmente hasta la “muerte de cruz” (Flp 2:8) para lograr la redención del mundo gracias a su sangre. Además, la imagen del redentor junto a esta cruz fue una referencia clara a la consagración de Colombia al Sagrado Corazón de Jesús.

Otro ejemplo de la exaltación de los mártires de la independencia a través de las ceremonias cristianas ocurrió el 28 de octubre de 1916, día en que se conmemora el centenario del fusilamiento de Francisco José de Caldas, Francisco Antonio de Ulloa, Miguel Montalvo y Miguel Buch. En esta ocasión, las cenizas de estos próceres fueron trasladadas desde su lugar de reposo en la Iglesia de San José hasta la Catedral Metropolitana<sup>6</sup>, donde fueron colocadas en capilla ardiente para su adoración. A la misa en honor a estos personajes asistieron los miembros del Concejo Municipal, así como del Gobierno Nacional y del Ejército, mientras a los alumnos de la Universidad del Cauca les correspondió durante la noche “el honor de velar en capilla ardiente las sagradas cenizas” (diciembre de 1916, *Conmemoración de un centenario, Popayán*, 77 y 78: 65). Las luces que iluminaban la Catedral, así como la capilla ardiente, además de representar la eternidad del espíritu, la purificación y a Jesús como luz del mundo (Juan 8:12), eran una alusión a la formación ilustrada de los próceres, cuyo ejemplo de vida debían seguir las futuras generaciones. Como se dijo, se esperaba que el pensamiento de los héroes iluminase “con nuevos rayos el corazón y la mente de los llamados a mantener vivo el fuego sacro ante el altar de la patria” (diciembre de 1916, *Conmemoración de un centenario, Popayán*, 77 y 78: 65). Como podemos observar el homenaje a los héroes de la patria toma una forma comparable a la adoración a un santo

<sup>6</sup> Estos cuatro próceres fueron fusilados en Bogotá y sus restos fueron enterrados en la Iglesia de la Vera Cruz. Guillermo Valencia, quien era Representante a la Cámara, solicitó a la Academia Colombiana de Historia el traslado de los restos de los próceres a Popayán, llegando a esta ciudad en febrero de 1905.

patrono, en este caso como agradecimiento por el beneficio de la Independencia, reforzando así, aunque de una forma efímera, por no decir ficticia, la unión como grupo, tanto como payaneses como colombianos.



Representantes de la prensa departamental  
en la velada lírico-literaria del 29 de octubre de 1916

Fuente: Revista *Popayán*

El 29 de octubre se dio fin al centenario de los mártires payaneses, con el cual concluyo este artículo, con una velada lírico-literaria en el Paraninfo Francisco José de Caldas de la Universidad del Cauca, organizada por la prensa de la ciudad. El punto central de esta velada fue un concurso en el que se presentaron las mejores poesías acerca del Sabio Caldas y Camilo Torres. Mientras Guillermo Valencia encabezó el comité calificador, un grupo de catorce damas, representantes de varios periódicos del Cauca, se encargaron de dar los premios: una medalla y una corona de laurel. Por otra parte, la música del Himno Nacional, así como ciertas obras para piano como *Lejano Azul*, del compositor colombiano Luis A. Calvo, y *Rapsodia húngara* No. 11, de Franz Litz, convirtieron al recinto universitario, aunque fuese de manera efímera, en un “templo” destinado a enaltecer las vidas de los mártires, así como a la reflexión y el regocijo, en este caso de un espíritu nacional que rayaba con la devoción religiosa. Entre los poemas presentados estuvo el de José Rafael Maya, titulado “*Mártires*”. Al final, este concursante “obtuvo el premio consistente en medalla de oro artísticamente cincelada y una corona de laurel, recompensas que delicadas manos de un grupo de representantes de la prensa pusieron en las suyas” (4 de noviembre de 1916, *Opiniones*: 2). Dicha composición presentó ciertas líneas que, sutilmente, al igual que las ceremonias

anteriores, hicieron eco con el cristianismo. Así, refiriéndose a Torres, el poema del señor Maya dice:

**Lucha y padece...** pero al fin **redime**; concentra los dolores de una raza que, sin caudillo, en el olvido gime. << La víctima soy yo >> Y en su delirio, **apóstol nuevo** y **redentor**, se abraza las **cruces sangrientas** del **martirio**. Torres! **Tu misión** está cumplida. Fue fecunda **tu sangre** de patriota porque el leño fatal de la picota floreció como el árbol de la vida (4 de noviembre de 1916, *Opiniones*: 2).

## Conclusiones

Entre 1910 y 1916, las fiestas centenarias celebradas en la capital caucana combinaron los dos pilares con los que la hegemonía conservadora pretendía construir la unidad nacional en Colombia, la historia y la Iglesia. La prominencia de la Iglesia Católica llegó a un punto tal que la nación adoptó una cierta simbología cristiana para representarse como una “nación católica”, aunque esto no se dijo, sino que solamente se actuó. Entonces, la representación cultural de Colombia, dentro de la cual se incluyeron los centenarios payaneses, expuso una idea de identidad altamente restringida y excluyente, eliminando, tanto del presente como del pasado, cualquier elemento contrario a ese ideal de nobleza, como fueron los rasgos negros e indígenas, pese a las promesas de igualdad de la nación moderna. Dentro de este contexto, los centenarios payaneses se empeñaron en construir una imagen del héroe nacional que, al combinarse con la sacralidad del catolicismo, fuese fácilmente reconocida y aceptada por los ciudadanos, así como también menos abierta a las críticas de la historia y más propensa a ser imitada. Dicho eso, la imagen del héroe toma más fuerza en momentos de crisis o necesidad, ya fuese a nivel local o nacional, con lo cual se pretende aliviar las tensiones del presente e inspirar al pueblo ante el futuro.

Paralelamente, las conmemoraciones en honor de los hechos y personajes ilustres de la ciudad representaron la inclusión de la memoria local como parte del “pasado común” de la nación, demostrando que la unidad, identidad e historia nacionales también se construyen a través de los niveles locales y regionales. Dicho de otro modo, el payanés no es más que una variante o subcategoría del título de colombiano. Para lograr este objetivo fue muy importante el uso de la ciudad como medio de enseñanza, bien fuese con actos efímeros o la erección de monumentos, en contraste con las deficiencias del casco urbano de Popayán. No obstante, las fiestas patrias, siendo reflejos de la narrativa nacionalista, fueron en gran medida una manipulación del pasado según los intereses del presente. Al igual que el Estado buscó representar al país como una nación estable a través de

los años, omitiendo las varias guerras civiles y fragmentaciones del siglo XIX, la clase dirigente de Popayán construyó una imagen acorde con los ideales de orgullo, patriotismo y unidad que el Estado colombiano aspiró a expandir en todo el territorio, finalizada la Guerra de los Mil Días. Los títulos de “ciudad prócera” o “ciudad fecunda” no son más que invenciones destinadas a omitir la oposición de Popayán a los ejércitos patriotas durante la Independencia.

## Referencias bibliográficas

### Fuentes primarias

- Libro del centenario: [homenaje de Popayán a los héroes, 1810-1910]*. (1910). Popayán: Imprenta del Departamento.
- Conmemoración del primer centenario de la batalla del bajo palacé: (homenaje a los héroes de aquella jornada)*. (1910). Popayán: Imprenta del Departamento, 1911.
- Himnos que cantarán los alumnos de las escuelas públicas en la Fiesta del Árbol en Popayán*. (1912). Popayán: Imprenta del Departamento.

### Fuentes Hemerográficas

- La Unión Conservadora*, 1916.
- Opiniones*, 1916.
- Revista Popayán*, 1907, 1914, 1916.
- Archivo de la Gobernación del Cauca. Informe del Director General de Instrucción Pública, 1912.

### Fuentes bibliográficas

- ANDERSON, Benedict. (1993). *Comunidades Imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ALMARIO, Oscar. (1994). “Nuevas subregiones políticas y culturales en el occidente de Colombia”. En: VALENCIA LLANO, Alonso (director) *Historia del Gran Cauca: historia regional del suroccidente colombiano*. Cali: Occidente, pp.157-164, 1ª edición.
- ARIAS, Ricardo, (2003), *El episcopado colombiano. Intransigencia y laicidad (1850-2000)*, Bogotá: Centro de Estudios socioculturales, Ediciones Uniandes, Instituto Colombiano de Antropología e historia, 1ª edición.
- AYALA DIAGO, Germán Augusto, (2000). “Popayán: dos décadas de historia política (1900-1920)”. En: Anuario de Historia regional y de las Fronteras, pp.13-48.
- BERTONI, Lilia Ana, (1992). “Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1889”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, pp.77-111.
- BETANCOURT, Alexander, (2007). *Historia y Nación: tentativas de la Escritura de la historia en Colombia*, Medellín: La Carreta Editores E.U, 1ª edición.

- COLMENARES, Germán. (2008). *Las convenciones contra la cultura: Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, La Carreta Editores E.U.
- GUTIÉRREZ, Rodrigo. (2004). *Monumento conmemorativo y espacio público en Iberoamérica*, Madrid: Cátedra.
- HOBBSAWM, Eric y RANGER. (2002). Terence (editores) *La invención de la tradición*, Barcelona: Editorial Crítica.
- KÖNIG, Hans-Joachim. (1994). *En el camino hacia la nación: nacionalismo en el proceso de formación del estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750 a 1856*. Santa Fe de Bogotá: Banco de la República.
- MARTÍNEZ, Frédéric, (2001). *El nacionalismo Cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, Bogotá: Banco de la República; Instituto Francés de Estudios Andinos.
- LEDEZMA MENESES, Gerson. (1996). "Inventando la Ciudad Blanca: Popayán, 1905- 1915". En: Memoria y Sociedad. Revista del Departamento de Historia y Geografía, Bogotá. pp. 3-21.
- \_\_\_\_\_. (2007). "El pasado como forma de identidad: Popayán en la conmemoración del Primer Centenario de la independencia 1910-1919". En: Memoria & Sociedad, pp. 69-86.
- RESTREPO PIEDRADITA, (2004). Carlos, *Constituciones Políticas Nacionales de Colombia*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 3ª edición.
- SMITH, Anthony. (1998). "Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales". En: *Revista Mexicana de Sociología*, pp.61-80.

**Fecha de recibido:** 06 de mayo del 2015

**Fecha de aprobado:** 28 de agosto del 2015